

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

TE ESCUCHARÉ

(cuento triste)

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola

Personajes:

El CABALLERO

La DAMA

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

ACTO ÚNICO

(Jardín de un balneario, en una tarde sofocante de verano. Un tupido seto traza su curva en torno a un banco de hierro pintado de blanco. El resultado es un espacio recogido e íntimo, aislado del resto del jardín. Algunas nubes se elevan en el cielo, al horizonte, por encima de unas suaves colinas. A cierta distancia, una edificación apenas visible. En el banco, sumida en sus pensamientos, la DAMA. De edad madura, aire pausado. Pasados unos minutos, asoma el CABALLERO. Más mayor o más cascado, lleva terno claro, sombrero del mismo color y porta en su derecha un bastón flexible. Es evidente que cuida su aspecto con esmero. Al verla a ella, carraspea para avisar de su presencia.)

CABALLERO: *(Quitándose el sombrero.)* Buenas tardes...

DAMA: Buenas tardes...

CABALLERO: *(Excusándose.)* No sabía que había aquí alguien. Este rinconcito es tan discreto... *(Vacilante.)* ¿Le importa que me siente un minuto? Me he fatigado viniendo desde el edificio...

DAMA: *(En realidad, molesta.)* Claro que no.

(El CABALLERO ocupa su lugar en el banco. Ella, hasta que se indique, y dentro naturalmente de la cortesía, irá haciendo escuetas e impacientes réplicas.)

CABALLERO: *(Se enjuga el sudor de la frente con un pañuelo.)* Qué bochorno... *(Echa un vistazo al firmamento.)* Se amontonan las nubes.... Me temo que terminará habiendo tormenta. Y no tardando. *(Leve pausa.)* No la vi en el desayuno, ni en la comida...

DAMA: Acabo de llegar al balneario.

CABALLERO: Ah. Yo estoy aquí desde ayer... Unas instalaciones magníficas, lo poco que he visto hasta el momento. El estanque es de lo más agradable... Había patos... ¡La de tiempo que hacía que no veía patos! Todavía no he visitado los baños. ¿Y usted...?

DAMA: Tampoco.

CABALLERO: Son famosos desde la época de los romanos, es lo que pone en el folleto que me dieron... No estaba muy convencido de venir, pero al final me animé. Una temporadita de descanso, eso me dije. No es que esté enfermo, ni nada parecido... El médico —el otro día estuve en su consulta— confirmó que estaba como un roble, que mi corazón latía como el de un joven. ¡Mejor, todavía! Pero, en cierto modo, me encontraba agotado. ¡Muchos y largos años de trabajo! *(Pausa.)* Me acabo de jubilar... No sé si me acostumbraré a estar sin hacer nada. Pero después del esfuerzo y la preocupación de toda una vida, un hombre necesita hacer un alto. Leer, viajar, hacer todas esas cosas que no pudo hacer por falta de tiempo. ¿No le parece?

DAMA: Por supuesto.

CABALLERO: Y también, efectuar balance. Reflexionar sobre lo que ha sido la vida de uno. Esto lo hice bien, aquello mal; en aquella ocasión podría haberme esforzado más... Aunque ya nada tiene remedio. Lo que fue, fue y se acabó. Pero no deja de ser un buen ejercicio mental, por lo menos sano. Y no hace daño a nadie. ¿No cree?

DAMA: Sí.

CABALLERO: Disculpe, no me he presentado. *(Le extiende la diestra.)*
Ramón Santamaría, para servirla.

DAMA: *(Le mira con fijeza unos segundos, antes de estrecharle la mano.)* Natalia... Natalia Álvarez.

CABALLERO: Encantado. Me dedico a la venta. Mejor dicho, me dedicaba. Hasta la semana pasada, exactamente. Género suntuario de vestir. Corbatas, pañuelos, complementos... Lo que confiere un toque de elegancia a la persona de verdadera categoría. Hombre o mujer, tanto da. Todos nos vestimos, entre otras razones porque lo contrario sería una indecencia. *(Ríe.)* Aunque no todos, ni muchísimo menos, nos distinguimos haciéndolo. Únicamente una exigua minoría, créame. Ahí es donde entro yo, con un pequeño detalle, minúsculo si se quiere, pero decisivo. Un alfiler para los caballeros, un broche en el caso de las damas... El resultado es radicalmente distinto, no hay duda. *(Ante la falta de respuesta de ella, se retrae un poco.)* Hablo demasiado, lo sé. ¡Un vicio de mi profesión! Y en mi caso, siendo un hombre solitario, el vicio llega a ser escandaloso. *(Se tapa la boca, en un remedo de secreto.)* No se lo diga a nadie, pero a veces hablo solo...

DAMA: *(Reaccionando.)* Lo siento. No tengo muchas ganas de conversación. El mes pasado enviudé...

CABALLERO: *(Cortado.)* Vaya... No sabía...

DAMA: *(Más amable.)* No se preocupe. Me distrae. Y sabe Dios que me hace falta.

CABALLERO: En ese caso me alegro... Seré un charlatán incurable, no lo niego. Pero ¡jojo!, ni frívolo, ni superficial. Me tengo por un hombre serio. Quizá no muy profundo, pero serio. No se deje engañar por las apariencias.

DAMA: *(Por primera vez sonríe.)* Descuide.

CABALLERO: He conocido tipos que no decían ni pío, jamás abrían la boca y se les tenía por inteligentes y juiciosos, y un buen día terminabas descubriendo que eran unos perfectos botarates. Y al contrario: individuos tan locuaces que no te dejaban meter baza, pero que más allá de toda esa cháchara guardaban una personalidad de muchos quilates. No se sabe por qué cada cual es como es.

DAMA: Hablar mucho puede ser una manera de preservar la intimidad.

CABALLERO: ¿La intimidad? *(Se encoge de hombros.)* Hay mucha palabrería sobre eso. Los psicólogos no dejan de darnos la tabarra... A mí me parece una bobada.

DAMA: Todo el mundo tiene necesidad de ella. Nadie puede vivir completamente de puertas afuera, sin resguardar un pedacito de uno mismo.

CABALLERO: (*Escéptico.*) ¿Usted cree?

DAMA: (*Que se va implicando en la conversación.*) Hay cuestiones que sólo sabe uno y no ha confesado nunca a nadie. Asuntos sin importancia. O que la tienen, pero que de ninguna manera se querrían admitir.

CABALLERO: No la entiendo.

DAMA: Mire, yo podría decirle... (*Se contiene.*) Perdón... Ahora soy yo la que habla más de la cuenta.

CABALLERO: Adelante, diga lo que quiera.

DAMA: Todos tenemos nuestra historia, que muchas veces es secreta. Es lo único que quería decir.

CABALLERO: (*Con truculenta parodia.*) ¡Una historia secreta!

DAMA: No quiero decir que sea terrible, sino que los demás la desconocen. En ocasiones, ni siquiera la sospechan los que están a nuestro lado. Bien es verdad que, sin querer, vamos dejando indicios, que vienen a ser inconscientes llamadas de atención.

CABALLERO: (*Cabeceando.*) Demasiado complicado para mí.

DAMA: Usted tiene su historia. Como yo la mía.

CABALLERO: Y encima dejando pistas, como un criminal... (*Ella vuelve a sonreír.*) ¡Oiga! ¿Se da cuenta de que no se oye ni un pájaro? ¡Va a caer una de cuidado...! (*Rumiando lo que ha dicho ella. Le pica la curiosidad.*) En mi caso... en mi caso, ¿qué indicios inconscientes voy dejando?

DAMA: Más de los que piensa.

CABALLERO: ¿En serio?

DAMA: Claro.

CABALLERO: (*En jugueteo de desafío.*) A ver, dígame cuáles.

DAMA: (*Tanteando.*) Su historia... su secreto, si prefiere, es una historia de amor...

CABALLERO: Quién no ha tenido una historia de amor. Si sólo es eso...

DAMA: Pero no un amor cualquiera: el amor de su vida.

CABALLERO: ¡Qué bueno!

DAMA: Ella le quería y usted a ella. Finalmente, cada uno tiró por su lado.

CABALLERO: ¿Es todo?

DAMA: Con los años, sobre todo desde que se ha ido haciendo viejo... quiero decir mayor (*sonríe*), el recuerdo de ella le ha venido asaltando con mayor frecuencia. Puede incluso que haya soñado con ella.

CABALLERO: (*Ahora sí, impresionado.*) Tengo que reconocer que... bueno... Hay algo de verdad... No me explico cómo ha podido adivinarlo... (*Medio en broma.*) No será bruja...

DAMA: Ya le he dicho que no es tan difícil. Muchos hombres, en particular los que se han mantenido solteros, esconden una historia de este tipo.

CABALLERO: En mi caso, es una historia más bien ridícula.

DAMA: (*Animándole.*) Seguro que es una historia preciosa.

CABALLERO: Sobre todo, rara, se lo puedo asegurar. (*Vacilante.*) No llegué a saber su nombre, ¿qué le parece...? Y de haberme cruzado con ella por la calle, tampoco habría conseguido reconocerla... Sin embargo, no he podido olvidarla, tiene usted razón... Me levanto a medianoche, cuando no puedo dormir, lo que me viene pasando con mayor frecuencia, y pienso en ella... Atribuía mi insomnio a que se acercaba el momento de la jubilación. Pero ahora veo... (*Con asombro.*) ¡Cómo es posible que un recuerdo tan remoto...!

DAMA: ¿Qué edad tenía usted?

CABALLERO: Diecisiete. Llevaba trabajando desde los trece.

DAMA: Empezó a trabajar muy pronto...

CABALLERO: No hubo más remedio. A mi padre le fusilaron en la guerra. Mi madre se puso a lavar a domicilio. Les pasó lo mismo a muchas viudas.

DAMA: Lo siento... ¿Tenía hermanos?

CABALLERO: Era hijo único. (*Una mueca.*) Mis padres tuvieron tiempo para poco. A todos se nos echó encima aquel desastre... (*Pausa.*) Estaba colocado en una mercería. Hacía recados y me familiarizaba con el oficio. Mi madre quería que estudiara, pero el dinero nos hacía mucha falta. (*Con rabia.*) Me hubiera dado lo mismo colocarme de palanganero en un burdel. Perdona, no he querido ser grosero...

DAMA: (*Que se va sintiendo conmovida.*) No se preocupe.

CABALLERO: Trabajaba mucho. No quiero decir que me explotasen: era lo corriente en aquellos años. Yo estaba contento socorriendo a mi madre. Ella siempre me decía que, en cuanto mejorasen un poco las cosas... (*Adopta una pose clínica.*) Las cosas no mejoraron, al contrario... Cogió una enfermedad, sería un cáncer, no lo sé —el médico no dio muchas explicaciones—, y acabó partiendo al otro barrio... (*Su expresión se hace más suave.*) Fue entonces cuando... cuando la descubrí... La casa donde vivía era un cuchitril, pero, sin mi madre, me parecía enorme... A mi regreso por la noche... (*Sorprendido.*) No sé por qué estoy contando esto... Nunca se lo he contado a nadie.

DAMA: Me gusta oírle.

CABALLERO: (*Prosiguiendo.*) Cenaba lo que pillaba y encendía la radio. (*Ríe quedo.*) Me vienen a la memoria aquellos anuncios que ponían... Seguro que usted también se acuerda... (*Efecto, muy tenue, de musiquilla de aquel tiempo lejano.*) Hojeaba el periódico... En determinada ocasión, cansado y pensando en acostarme, levanté la mirada y la dirigí hacia el patio... Enfrente, a bastante distancia —el patio era inmenso— distinguí la luz de una ventana... Una mujer, parecía muy joven, cosía detrás de los visillos... A la noche siguiente, sin ser tampoco muy consciente, volví a mirar... Allí estaba, en la misma posición, también cosiendo... (*Suspira.*) Caí en la costumbre de asomarme cada noche... Los días, mi jornada de trabajo, se me comenzaron a hacer más llevaderos, aguardando la silenciosa cita nocturna... Esa criatura me llenaba de una paz que, de alguna manera, me resguardaba de las dificultades que yo entonces tenía que afrontar, y le aseguro que no eran pocas... Todavía me parece contemplar sus manos, dando puntada tras puntada, sin prisa, sin agobio... Su rostro, su expresión estaban fuera de mi alcance, debido al ángulo en que permanecía sentada... Tan sólo distinguía su silueta... Ya ve, me enamoré de una sombra...

(*Se hace un silencio.*)

CABALLERO: (*Un poco avergonzado. Desviando el tema.*) ¿Y qué me dice de usted? ¿Tiene hijos? ¿Familia?

DAMA: *(Titubeando.)* Familia directa, ninguna...

CABALLERO: Estará pasando momentos muy difíciles.

DAMA: Me siento bastante perdida, la verdad. Todo ha sucedido tan rápido... He venido aquí a ordenar un poco mis ideas.

CABALLERO: *(Con tacto.)* Dentro de unos días, cada uno se marchará por donde vino y, con toda probabilidad, no volveremos a encontrarnos. Si le puedo servir de alguna ayuda...

DAMA: *(Cauta.)* Si ha calificado de ridícula su historia, qué diría de la mía...

CABALLERO: Acabo de descubrir, gracias a usted, que lo que se vive con sinceridad no puede ser ridículo.

(Una pausa. Silencioso relámpago. Las nubes comienzan a cubrir velozmente el cielo. La DAMA decide confesarse.)

DAMA: *(Entrelaza nerviosa los dedos de las manos.)* A mi marido le diagnosticaron el cáncer hará cerca de un año... Fue solo al médico y se hizo todas las pruebas sin avisarme... Cuando estuvo seguro, me lo dijo...

CABALLERO: Un hombre de una pieza.

DAMA: Ya venía notándole alicaído. De toda la vida le gustó trasnochar... Era muy resistente, con pocas horas de sueño le bastaba y siempre estaba como un clavo a las nueve de la mañana al frente de la fábrica... Pero últimamente, solía regresar directamente a casa... *(Pausa.)* No tuvimos hijos... Yo no podía... *(Con esfuerzo.)* Se piensa que las mujeres lo deseamos por encima de todo, pero seguramente el hombre lo anhele tanto como nosotras... No somos en realidad tan distintos... *(Como para sí.)* Un hijo habría sido la solución...

CABALLERO: Los hijos no arreglan nada que esté ya fracasado.

DAMA: Puede que tenga razón. Antes de que supiéramos que yo no podía tener hijos, casi desde el principio, él ya... Usted me entiende...

CABALLERO: Sí.

DAMA: La primera vez que me enteré, me causó un dolor enorme. Luego, al repetirse, me fui acostumbrando... ¡No, nunca me acostumbré! Lo que hice fue adaptarme, vivir como si no lo supiera... Muchas mujeres actúan de esa forma... Hay cosas que no podrían soportarse de no mirar hacia otro lado. ¿No le parece?

CABALLERO: Es muy posible.

DAMA: Teníamos amigos... Ellos sabían nuestra situación, pero de algún modo la amparaban... Cuando él murió, me resultó imposible soportarlos... Les cerré las puertas de mi casa... No contesté al teléfono...

CABALLERO: Lo comprendo.

DAMA: *(Algo viva.)* ¿Lo comprende? ¿De verdad lo comprende? ¿Comprende que para mí fueran odiosos por haber sido testigos del absoluto desastre de mi vida y del ridículo que sentí, constantemente, sin tregua, sin respiro, al lado de mi marido, prácticamente todo el tiempo de nuestro matrimonio? ¿Es capaz de comprenderlo, sin haber pasado por ello? *(Más suave.)* Eso fue quizá lo peor: el ridículo. Saber que todos saben y que la amabilidad y condescendencia son fingidas... O más grave aún, sinceras pero dictadas por la compasión... ¿Entiende lo que quiero decir?

CABALLERO: Creo que sí.

DAMA: Hay que vivirlo para comprenderlo de veras. La compasión es buena ante alguien a quien queremos o que depende inocentemente de nosotros. Cuando media el engaño, es repulsiva. *(Con gran amargura.)* Ellos sabían y yo sabía que ellos sabían. Su trato era verdaderamente... *(busca la palabra)* degradante, como si yo fuera menor de edad.

CABALLERO: ¿Cómo aguantó esa situación?

DAMA: *(Serena, con ligero énfasis.)* Soy una mujer cobarde.

CABALLERO: A mí no me lo parece.

DAMA: Usted no me conoce.

CABALLERO: Es injusta consigo misma. ¿Quiere que le diga la razón por la que siguió al lado del hombre que la traicionó constantemente?

DAMA: Ahora me dirá que le quería.

CABALLERO: Acaba usted de confesarlo.

(Silencio.)

DAMA: He pensado que él me quería también, pero que tenía necesidad de otras mujeres... Muchas, en una situación como la mía, pagan con la misma moneda... Otras sufren... sufrimos en silencio... No sé de qué depende adoptar una actitud u otra... El carácter o la educación, supongo... Después de cada entretenimiento, regresaba...

CABALLERO: ¿Siempre le perdonó?

DAMA: A veces, se lo cobraba un poco caro... (Sonríe.) Ya sabe, esas armas que tenemos las mujeres... Pero en seguida, todo volvía a ser igual... hasta su próxima aventura, que en ocasiones sucedía de inmediato, casi sin que él hubiera vuelto a ser mío... Le he dicho que soy cobarde... Opté por lo fácil... ¿A dónde habría ido yo sola, sin tener quien me sostuviera?

CABALLERO: (Con ternura.) No me hará creer que se quedó con él por comodidad.

DAMA: (Con falsa desenvoltura.) Lo que sí me faltó, mire, fue hacer lo mismo. Conseguir un amante, o los que hiciera falta... (Pausa.) Cuando enfermó, cuando supe... cuando los dos supimos que le quedaba poco tiempo, aprovechando que, por primera vez, volvía pronto de la fábrica, salíamos a dar cortos paseos, él apoyándose en mi brazo, o nos quedábamos en casa escuchando música... (Sonríe.) Fíjese, él siempre la detestó... En pocas semanas, a medida que se fue debilitando, esto fue lo único que hicimos... Hablábamos de cosas sencillas, sin importancia... Yo tenía, tengo todavía, una mezcla de sentimientos... Por un lado, la preocupación, el miedo de su enfermedad, que era seguro que acabaría fatalmente... Pero también, junto a ese temor que procuraba que no se me notara, experimentaba una euforia, una alegría, que no sabía a qué atribuir... Dios me perdone, pero ahora mismo no sé si estaba dictaba por la venganza a causa de una vida llena de humillaciones, o por el contrario, de saber que era ya mío para siempre, que jamás volvería a abandonarme, que fuera de nosotros no existía ni podía existir nada ni nadie que pudiera separarnos...

(Se suceden, con pocos segundos de intervalo, un relámpago y un trueno. Ellos, embebidos en sus confidencias, no parecen advertirlo.)

DAMA: Llegó el momento en que no podía levantarse y hubo que atenderle en casa... Me negué a que le hospitalizaran... Tampoco quise contratar enfermeras, cargué sobre mí todo el trabajo... Por una vez que le tenía sólo para mí, no quise compartirlo... Cuando perdió el habla, yo permanecía sentada junto a su almohada... He olvidado qué decía, probablemente tonterías... Él escuchaba, tenía los ojos cerrados, pero escuchaba... Si pasaba demasiado tiempo en silencio, un silencio que no se justificaba por el ritmo de la conversación, porque a veces me quedaba pensativa... digo conversación, aunque yo era la única que hablaba... Si mi silencio se prolongaba, él abría los ojos como animándome a seguir... Los días iban siendo más largos, pero frecuentemente se hacía de noche sin darnos cuenta... alguna vez quise encender la lámpara de la mesilla, pero noté que le molestaba... Sólo me alejaba de su lado para atender mi aseo o preparar algo que él pudiera comer, aunque apenas conseguía introducirle un poco de alimento entre los labios... Su mirada, con frecuencia, se humedecía, como expresando gratitud, arrepentimiento, no sé... (Lágrimas.) Los amigos querían verle, yo se lo impedí... Creo que él tampoco quería que le contemplaran en ese estado... (Pausa larga.) Todavía me encuentro aturdida por el golpe... No sé si estoy triste o alegre...

CABALLERO: Tuvo que ser muy duro.

DAMA: No le he contado lo peor, lo que sí fue duro de verdad... ¡Siento una vergüenza tan grande...!

CABALLERO: Si no quiere seguir...

DAMA: (Casi con violencia.) ¡No, lo quiero contar todo! (Con angustia.) Siempre nos imaginamos que los actos, determinados actos, las aventuras amorosas, ya me entiende, no tienen consecuencias más allá del placer que proporcionan... ¡Dios mío, que comentario tan vulgar! Yo le perdoné... le había perdonado... Juro que fue así... Y de repente, apenas él había desaparecido,

cuando lo mejor que yo tenía, lo único, que era el recuerdo de ese final tan lindo, se presenta ella y me arrebató lo que me había costado tanto conseguir...

CABALLERO: ¿Una mujer?

DAMA: Pero no una de tantas. Ella... ella había tenido hijos con él... En su momento, cuando comenzó su relación, no me di cuenta de nada... Quién iba a pensar... Todo fue fruto de una de esas casualidades que unas veces nos enderezan la vida y otras nos la trastornan definitivamente... No se sabe qué significado darles... *(Recordando.)* Se acercaba el verano y nos disponíamos a salir de vacaciones... Mi marido era aficionado al mar, teníamos un yate... Fuimos a una tienda de artículos marinos y allí nos la encontramos... Era una antigua compañera de colegio... Figúrese qué sorpresa, qué alegría... Hacía tantos años que no nos veíamos... Hablamos y hablamos, y luego seguimos la conversación en un café... Ella adoraba el mar... Esas vacaciones, se vino con nosotros... Yo insistí, temiendo, qué tonta, que a mi marido le pudiera molestar... Allí mismo, delante de mis narices, empezaron a entenderse... En adelante, se vieron muchas veces, durante años, prácticamente hasta el final... El otro día, cuando vino, me lo contó en sus menores detalles... Yo estaba espantada... No sabía si se trataba de una broma o qué estaba sucediendo... Llegué a pensar... no sé lo que llegué a pensar... Rememoré algunas escenas, detalles que en el instante me pasaron desapercibidos... Finalmente, comprendí que me estaba contando la verdad...

(Relámpago y trueno muy seguidos. Él escruta el cielo con aprensión.)

DAMA: Me enseñó la foto de sus hijos... Dos niños, varones... Eran suyos, de mi marido, sin lugar a dudas... También... también se parecían a ella... Dijo... me pidió que llegáramos a un acuerdo... ¿Un acuerdo...? ¿Qué acuerdo?, le pregunté... No entendía nada... De verdad que no entendía nada... Me parece que grité, ella también... Me dijo, y esto me dolió horrorosamente, creo que más que todo lo que oí, que ambos, mi marido y ella, estaban seguros de que yo estaba al tanto de su asunto... ¡Qué horrible...! Es como decir que

ninguna mujer podía ser tan estúpida y que yo lo permitía y no me importaba... Es cierto que sabía cómo era mi marido, pero de ahí a decir que estaba enterada de un asunto tan serio y tan cuajado...

CABALLERO: Esa mujer se comportó de modo indigno.

DAMA: Ella insistió... Presentaría pruebas, iría a juicio... Supe entonces lo que quería... ¡Dinero! ¡No le importaba otra cosa que el dinero! ¿Se puede ser más mezquino y miserable? Ni siquiera mostraba dolor por la muerte de él... Todo lo que buscaba era parte de lo que dejó al morir... Para entonces, yo estaba desatada... La expulsé de mi casa... *(Sobrecogida.)* No sé, si lo hubiera presentado de otra forma, si sus palabras no hubieran sido tan hirientes... En definitiva, ella miraba por sus hijos...

CABALLERO: No la defienda. Su actitud es incalificable.

DAMA: Yo habría accedido, sí... Habría aceptado sufragar los gastos de esos niños... Si hubiera visto qué bonitos eran, qué graciosos... Se llevaban dos años... Sentí casi como si fueran míos... *(Con desconsuelo.)* Me hubiera gustado que lo fueran... Es lo que más he deseado en el mundo... Sólo con que ella hubiera sido menos agresiva... Me arrancó la foto de las manos... Si no me hubieran engañado... No hicieron otra cosa que engañarme... Él me engañó... Me engañó mientras vivía y después de muerto... Sus últimos momentos, cuando yo creí que nos habíamos reconciliado, que volvíamos a ser los dos uno solo, eran tan mentira como todo lo anterior... Él no me dijo nada, no me contó esto que era tan importante... Tuvo que ser ella la que me lo contara y tuvo que ser de esa manera... *(Llora.)* Si no me hubieran engañado...

CABALLERO: *(Intentando consolarla.)* Esa mujer no diría toda la verdad. Presentaría los hechos de la manera más favorable para ella. Aparte de que usted fue siempre la esposa...

DAMA: *(Con sarcasmo.)* ¡La esposa! Qué patético suena.

(Otro trueno, muy intenso y prolongado. Ella recupera la serenidad y se restaña las lágrimas.)

JAVIER REY DE SOLA - reydesola.com

DAMA: *(Turbada, confusa.)* Perdone, he abusado de su amabilidad... He contado cosas tan íntimas... Qué habrá pensado...

CABALLERO: *(Alentador.)* Le hacía falta abrir su corazón. *(Sonríe.)* Por una vez, he sido yo el que escuchaba.

DAMA: Es muy considerado. Y tan amable... *(Cambiando de registro.)* ¿Se quedará mucho tiempo?

CABALLERO: Reservé plaza para tres o cuatro días. ¿Y usted?

DAMA: Creo que me iré en seguida. He solucionado lo que me tenía preocupada. Sé lo que tengo que hacer... lo que quiero hacer. Ahora lo veo claro. *(Tranquila, pero resuelta.)* Accederé a lo que ella me pide.

CABALLERO: Es un chantaje. No ceda.

DAMA: Usted ha dicho que lo que se vive y se siente de verdad no puede ser ridículo.

CABALLERO: Usted me lo ha enseñado. No importa lo que nadie piense. Sin embargo...

DAMA: Me ocuparé de esos niños, los hijos de él... Sólo necesito verlos de vez en cuando. Me imagino que a ella... me imagino que no le importará... No estorbaré... Cuando ella diga y de la manera que diga...

(Un silencio. El cielo termina de encapotarse. Luz irreal. La tormenta se apresta a descargar. Se crea un ambiente extraño, de rara intensidad.)

DAMA: *(En voz muy baja.)* Quiero confesarle algo....

CABALLERO: *(Atento. Su intuición le advierte de que va a oír algo especial.)* Usted dirá...

DAMA: Aquella mujer...

CABALLERO: ¿Quién?

DAMA: La que veía desde su ventana...

CABALLERO: *(Se encoge de hombros.)* Sucedió hace mucho tiempo...

DAMA: Dejó en usted una huella muy profunda.

CABALLERO: *(Con desdén aparente.)* Conté lo primero que me vino a la cabeza. Es una anécdota olvidada.

DAMA: No lo parecía.

CABALLERO: ¿Qué importancia tiene a estas alturas? *(Expositivo.)* Soy un hombre solitario, ni especialmente dichoso, ni particularmente desgraciado. Muchos, créame, desearían estar en mi lugar. No debo nada a nadie, ni espero nada del prójimo.

DAMA: *(Le mira con ternura.)* Es un tonto... ¿Le parece mal que se lo diga?

CABALLERO: *(Un poco sorprendido.)* Me hace gracia.

DAMA: Pues se lo repito: es un tonto. *(Confidencial.)* Aquella joven...

CABALLERO: Por favor, le pido no hablemos más de ello. Saqué el tema para entablar conversación. Cualquier otro asunto me habría servido.

DAMA: ¿Se arrepiente de haberlo recordado?

CABALLERO: No he dicho eso.

(Caen pesadas las primeras gotas. Fuerte viento.)

CABALLERO: *(Hace ademán de levantarse.)* Si no nos damos prisa, nos empaparemos.

DAMA: *(Reteniéndole.)* Aquella mujer, la que cosía en la ventana... *(Él hace gesto de impaciencia.)* Era yo...

CABALLERO: *(Con estupor.)* No puede ser... ¡Imposible...!

DAMA: *(Con ternura. Tuteándole.)* Siempre fui consciente de que me mirabas... Yo también aguardaba con impaciencia la noche... Me sentía hermosa, valorada... Estaba sola, mis padres desaparecieron en la guerra... Yo a ti sí te conocí... Sabía todos tus pasos... Cuando entraste en la mercería, cuando murió tu madre... Me contaban las vecinas, sin saber que todo lo tuyo me interesaba... A nadie se lo dije... Durante mucho tiempo, esperé una nota tuya, un aviso, incluso que me abordaras por la calle... *(Suave.)* Esperé en vano... Tampoco yo me atreví a tomar la iniciativa... Me terminé casando... Ya sabes la historia de mi matrimonio...

CABALLERO: *(Abrumado. Se pone en pie.)* No puede ser...

DAMA: Nada más verte, supe que eras tú... Me dio rabia... Pensé en levantarme e irme... Pero cuando empezaste a conversar... No pude evitar escucharte... Jugué un poco contigo, adivinando en parte lo que ya sabía... *(Dulcemente apenada.)* Si entonces hubieras hablado, si te hubieras acercado... Te habría escuchado, como he hecho esta tarde... Te habría escuchado siempre, toda la vida...

CABALLERO: Si te hubiera hablado...

DAMA: Si me hubieras hablado... No habría resultado tan difícil... ¿Qué ocurrió? ¿Tenías miedo? Pero no te lo reproches, ya no importa... Dios nos tenía preparado este regalo, para compensar tu soledad y mi abandono...

CABALLERO: *(Muy afectado.)* Demasiado tarde...

DAMA: *(Vehemente.)* ¡No, no lo es...! En lo que respecta a mi vida, haré lo que te he dicho... Lo necesito... Pero tú... Prométeme que me hablarás, que nunca dejarás de hacerlo... *(Él duda.)* ¡Prométemelo!

CABALLERO: Te lo prometo...

DAMA: Seguiremos hablando y yo te escucharé...

CABALLERO: Sí...

DAMA: Te escucharé...

(Se tienden la mano. Él la ayuda a levantarse.)

(Descarga finalmente, con toda su fuerza, la tormenta.)

TELÓN